



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

¿QUÉ QUIERO SER CUANDO SEA MAYOR?

Noemí Jesús Montesdeoca



DIPLOMA 2014

**¿QUÉ QUIERO SER CUANDO
SEA MAYOR?**

Noemí Jesús Montesdeoca

¿Qué quiero ser cuando sea mayor?

Noemí Jesús Montesdeoca

Me llamo Adela y tengo veintiséis años.

A diferencia de la mayoría de las personas adultas que conozco, tengo recuerdos muy nítidos de mi infancia:

Mi película favorita era *El Mago de Oz*. La veía cada viernes a las 4 pm, justo después de comer arroz blanco con salchichas. Me encantaban las natillas y el *Kabafit* de fresa, pero no podía tomar ambas cosas en un mismo día... debo confesar que me daba miedo volverme rosa. Padecía una obsesión, subvencionada por mi madre, por los salones recreativos; el "cochito" con la música de *El coche fantástico* era mi perdición. Tenía un amigo invisible llamado Charlie... un día desapareció sin más; creo que no soportó que cumpliera dieciocho.

Siempre fui "la niña rara" de la clase; decían de mí que era diferente al resto de mis compañeros.

Cada mañana, para ir al colegio, mi mamá y yo teníamos que hacer el mismo recorrido. Si por alguna razón, externa e incontrolable, debíamos cambiar la trayectoria, mi mamá aparcaba el coche e íbamos caminando por la ruta acordada. Al llegar, me acompañaba a clase; allí esperaba conmigo pacientemente, hasta que yo decidía que era el momento adecuado para dar tres golpes en la puerta, y entrar.

Al contrario que a mis compañeros, me encantaban las matemáticas y odiaba el sonido de la sirena; odiaba tener que salir a un patio abarrotado de niños que corrían y gritaban sin sentido alguno. Yo prefería sentarme en mi rincón secreto a leer sobre los dinosaurios... ¡Cómo me hubiese gustado montar en un *Diplodocus* y aplastar a todos esos seres ruidosos que invadían mi tranquilidad!

Cuando los mayores hablaban de mí, la mayoría de las veces en mi presencia, decían que era una niña "especial". A veces me daba miedo todo lo que decían y hacían en mi honor. Me protegían como si fuese a romperme, cómo si valiese mi peso en oro. ¡Llegué a creer que era la reencarnación de Buda!

Ahora que soy adulta, aunque sigo resistiéndome a cumplir el canon de adultez establecido, entiendo a qué venían todos aquellos calificativos y cuidados: me llamo Adela, tengo veintiséis años y soy Asperger.

Recuerdo perfectamente el día en que empezaron a preocuparse por lo que me pasaba. Tenía nueve años y era miércoles, miércoles 20 de octubre. La profesora de Lengua Castellana y Literatura había pedido en clase que hiciéramos una redacción sobre algo confuso: *¿qué quiero ser cuando sea mayor?* Después de cincuenta minutos mirándolo, mi papel seguía en blanco.

Al terminar la clase, la profesora llamó enfadada a mis padres para decirles que me había negado sin motivo alguno a hacer la tarea. Yo no me defendí. Y una vez en casa, las mismas preguntas: *¿Qué pasa, Adela? ¿Por qué no has hecho lo que tu profesora mandó?* No supe qué responder a mi padre, como tampoco supe responder a lo que mi profesora había pedido.

Pasé toda la noche pensando en ello. *¿Qué quiero ser cuando sea mayor?* Pero, ¿cómo iba a saberlo!?

A la mañana siguiente me acerqué cabizbaja a mis padres y les dije que haría la tarea cuando fuese mayor: *Lo siento mucho, es que no puedo adivinar el futuro* —afirmé. Tras esta respuesta, el silencio. Nadie dijo nada más sobre la dichosa redacción.

Después de ese día, vinieron días de médicos, pruebas, preguntas y más preguntas. Hasta que un año después me diagnosticaron Síndrome de Asperger. Mi psicóloga, María, intentó explicarme con dibujos qué significaba eso. Me dibujó sola en el patio del recreo (cómo yo solía estar) y me dijo que este síndrome impedía que me relacionase correctamente con las personas de mi entorno. Me dibujó sin ojos, sin boca y sin oídos para explicarme que, además, dificultaba mi comprensión de los sentimientos propios y ajenos. También me dibujó con los ojos en forma de interrogante huyendo de “expresiones hechas”, y me advirtió que el Asperger limitaba mi capacidad de abstracción y que me hacía interpretar el lenguaje de manera literal. Aunque en aquel momento yo no entendí lo que me dijo, ni su dibujo en el que las palabras tenían piernas y me perseguían, gracias a María dejé de asustarme cuando la gente gritaba: *¡Me muero de risa!*

A partir del día *DDD* (Día Del Diagnóstico) las cosas fueron de la siguiente manera: mis padres me escuchaban, y respetaban algunas de mis decisiones (no volvieron a obligarme a dar besos y abrazos por cortesía). Durante el resto de mi recorrido académico se me permitió hacer un itinerario integrado y a la vez adaptado (no pude librarme de esos seres ruidosos llamados compañeros de clase, pero no estaba obligada a trabajar continuamente con ellos). Además, logré seguir inmersa en

mis pasiones (los animales y los museos de arqueología) aunque a cambio mis padres empezaron a pedirme “sacrificios” cada vez mayores. Por ir al *Loro Parque* tuve que repartir comida en un comedor social; a cambio de ir a *Faunia* pasé un verano con los *Scouts*; por ir al *Museo Jurásico* de Asturias tuve que participar en el *Programa de Apoyo Voluntario a Personas con Discapacidad* de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Debo confesar que este último sacrificio marcó mi vida.

Tenía veintidós años y estaba concluyendo, no sin ciertas dificultades, mis estudios en *Ciencias del Mar*. Había pensado que al acabar la carrera, buscaría algo sobre lo que investigar que me mantuviese alejada de las aglomeraciones de la universidad. Pero, en lugar de eso, me encontraba en una sala con un montón de personas voluntarias que hablaban sin parar sobre todo lo que se les pasaba por la cabeza, sobre lo necesario de invertir el tiempo libre en ayudar a quiénes lo necesitan, sobre lo mal que lo está haciendo el Gobierno actual, sobre lo cara que está la cesta de la compra, sobre lo difícil que era aparcar en la ciudad... Me puse en pie y por un momento quise echar a correr, pero me vi a mí misma en mi primer día de facultad y comprendí que mis vivencias podrían servir para mucho en aquel lugar.

Hoy hace cuatro años que formo parte del equipo de *Apoyo Voluntario a Personas con Discapacidad* de mi universidad. Durante estos años hemos emprendido numerosas luchas y alcanzado algunas victorias: el día 2 de abril (Día Mundial de concienciación sobre el autismo) acudimos a diferentes centros y hablamos sobre el Trastorno del espectro Autista y sobre el Asperger. Hemos dado conferencias en otras universidades y apoyado a asociaciones que trabajan con las personas con diversidad funcional. Hoy es un día muy importante para mí. Además de este aniversario, tengo dos motivos más que celebrar: primero, que a raíz de la presentación de mi tesis doctoral sobre *la importancia de la delfinoterapia con las personas con autismo*, este tipo de terapia va a ser subvencionada en diferentes partes de la isla; segundo, que tras todo lo que he vivido, puedo responder a la pregunta que mi profesora de Lengua Castellana y Literatura me hizo aquel 20 de octubre de 1999.

Llamo a casa y contesta mi madre: —¿Dígame?

—¡Ya tengo la respuesta! — grito sin pensarlo dos veces.

—¿Qué dice? ¿Eres tú, Adela? — pregunta mi madre extrañada.

—¡Sí mamá, soy yo! ¡Ya sé qué quiero ser de mayor! ¡Quiero ser lo que soy ahora: esto que llaman ser feliz!